

blemente, y construida con el metal de las naves apresadas, estuvo cerca de la Tribuna, en el Foro, como si dijéramos en las cercanías de la actual iglesia de San Adrian. La inscripción, que es un monumento de primera latinidad, fué explicada en un erudito opúsculo por el sabio escritor Pedro Chacon (Roma, 1608, en 8.º).

En los muros de la escalera aparecen cuatro grandes bajo-relieves, que pertenecieron á un arco de triunfo erigido á Marco Aurelio, y que pueden considerarse como cuatro páginas interesantes de su historia militar; el triunfo, el sacrificio en el templo de Jove Capitolino, la paz dada á los germanos sometidos y arrodillados, Roma, que ofrece el globo al emperador victorioso, emblema de la dominacion universal; tales son los asuntos esculpidos en estos mármoles, que por mucho tiempo se conservaron en la iglesia de Santa Martina, al Foro, y que dan exacta idea de la próspera suerte de la escultura romana en aquella época del imperio: inferiores en mérito artístico, aunque no en interes histórico, son otros dos bajo-relieves, que allí existen, alusivos tambien á Marco-Aurelio; en uno está esculpida la apoteosis de su mujer Faustina: en el segundo tramo, á la izquierda, es digno de observarse uno de los más antiguos monumentos del arte romano; el bajo-relieve en que está representado el hecho heroico de Mecio Curcio, caudillo de la gente sabina, que se precipitó con su caballo en el lago famoso del Foro, luégo desecado, y del que dice Ovidio en sus *Fastos*:

*Curtius ille Lacus siccas qui sustinet aras
Nunc solida est tellus, sed Lacus ante fuit.*

El bajo-relieve fué hallado muy cerca del lugar á que la hazaña se refiere, en el Foro, junto á la iglesia de Santa María Liberatriz, ántes San Silvestre *in Lacu*: es, sin duda, resto de algun antiguo monumento allí elevado al valeroso sabino de las guerras de Rómulo y Tacio.

Llegamos á las cámaras de los *Consercadores*: en ellas llaman desde luégo la atencion las pinturas al fresco, que las decoran: allí tenemos una segunda edad de la pintura mural:

léjos está el Capitolio del Vaticano; pero es todavía mayor la distancia que la pintura ha recorrido. Al Caballero d'Arpin pertenece la primera sala, en la cual están representados, como si dijéramos, los primeros capítulos de la historia de Roma: desde la aparicion de los gemelos, bajo la higuera *Ruminal*, pasando por el robo de las Sabinas y el sacrificio de Numa, se llega al combate de los Horacios y los Curiacios, el mejor, sin duda, de los cuadros de la estancia, en la cual hay, además, algunas estatuas de escaso mérito. Prosigue en la inmediata la comenzada historia de Roma, llevándola el pintor Laureti hasta la extincion definitiva de la monarquía, ó sea la batalla del lago Regillo, ganada por el dictador Postumio. En esta sala hay ya estatuas dignas de atencion; entre ellas las del insigne Marco Antonio Colonna, cuya gloria es inseparable de la de nuestro D. Juan de Austria; la de Alejandro Farnesio, que tan alto puso su nombre en las guerras de Flándes. Mejor representada está la escultura en la tercera sala; los objetos son pocos, pero notables: figura en primer término la loba de la leyenda, amamantando á Rómulo y Remo: es, quizá, el único monumento que se haya conservado de los antiguos tiempos de la República: insigne muestra de la escultura etrusca: á la mitad del siglo v de la fundacion de Roma lo hacen subir los arqueólogos. Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso describen la estatua como existente en sus dias, en la falda del Palatino, donde, en efecto, fué encontrada, cerca del antiguo antro Luperca (entre las iglesias de Santa María Liberatriz y San Teodoro): allí está, no léjos, la preciosa estatua en bronce del jóven que se saca una espina del pié, considerada como una de las joyas del arte, por su antigüedad y por su estilo, preciosa imitacion de la escuela de Praxitéles: un magnífico busto, tambien en bronce, de Miguel Ángel, sobre mármol de color, nos ofrece la imágen verdadera, y digámoslo así autógrafa, del pintor de la Sixtina, del arquitecto de la cúpula de San Pedro y del escultor del *Moisés* y de los sepulcros de Florencia. Los *Fastos Capitolinos*, de que se conservan preciosos fragmentos en mármol, que alcanzan desde el año 272 de Roma hasta el tiempo de Augusto, dan nombre á la cuarta sala, como la del

Trono, se llama de los *Tapices*, por los muy bellos, fabricados en Roma, que cubren sus paredes, y en los cuales se representan los cuadros más interesantes de la historia antigua romana.

La galería de cuadros del Capitolio, debida al Pontífice Benedicto XIV, es abundante en obras pertenecientes á todas las escuelas de Italia. De Palma el viejo tiene una Samaritana; de Tintoretto una Magdalena; del Dominiquino la Sybilla de Cumas; de Lúcas Jordan la Adoracion del becerro de oro y un Moisés percutiendo la roca; de Guercino el gran cuadro de Santa Petronila, cuya copia en mosaico está en la Basílica Vaticana: de Frá Bartolomeo la Presentacion al templo; de Andres Sacchi una Sacra Familia: allí se ostentan como joyas del arte el *Robo de Europa*, por Pablo Veronés; el Salvador y la Mujer adúltera, por Ticiano; y multitud de lienzos notables de Garófalo, Caracci, Cortonna, de casi todos los pintores, que en los siglos xvii y xviii continuaron en Roma, Florencia, Bolonia, Ferrara, Milan y Venecia las tradiciones de los grandes maestros, que en el siglo xvi habian ilustrado con su genio estas ciudades y la Italia toda. Poussin y Lanfranc, Lorrain y Valentin representan dignamente la escuela francesa; Van Dyk y Mengs honran la del Norte: un cuadro pequeño, retrato incógnito, atribuido á Velazquez, es lo único que en la galería del Capitolio da razon y despierta el recuerdo de la escuela española.

En el moderno Capitolio de Roma, heredero de la grandeza histórica del antiguo, se guarda con veneracion la memoria de los hombres grandes, beneméritos de las ciencias, de las artes ó de las armas: una vasta coleccion de bustos y retratos, que no ocupa ménos de siete cámaras, ofrece en aquella altura clásica y tradicional de los triunfos la efigie de tantos triunfadores de más plácido recuerdo, que aquéllos de há veinte siglos. Desde la muerte de Rafael de Urbino, y su sepultura en la iglesia de la Rotonda (Panteon de Agrippa), habíase hecho costumbre depositar en aquel templo, no solamente los restos mortales de los artistas, sino tambien sus bustos y retratos, con lo cual bien se comprende que aquel hermoso y sagrado recinto llegára á tomar el aspecto de un museo, hasta que el

Papa Pío VII dispuso que las dichas obras de arte fueran colocadas en el Capitolio, formándose al efecto una verdadera Protomoteca bajo la direccion del escultor Canova. La multitud de imágenes de hombres célebres allí acumuladas constituirá muy en breve un riquísimo panteon, que acreciente, si es posible, el interes histórico y artístico del Capitolio: allí figurarán ilustres extranjeros, que haciendo de Roma el lugar predilecto de sus estudios la amaron como una segunda patria, tales son Poussin, Mengs (cuyo busto costó nuestro compatriota Azara), Winkelmann, el renombrado arqueólogo, la dulce pintora Angélica Kauffmann y muchos otros; los italianos ilustres en las ciencias, en la guerra, en las artes desde el siglo xiv hasta nuestros dias, forman ya una gran coleccion, en la cual los arquitectos se deleitan ante el retrato de Brunelleschi, el florentino, restaurador del arte griego y romano, y de Bramante Lazzari, que ideó la fábrica de San Pedro: los pintores se detienen á contemplar el juvenil semblante de Rafael, el vigoroso y altivo de Leonardo Vinci; los escultores buscan con reverencia la imágen de Ghiberti, que dejó su fama escrita en la puerta de bronce de San Juan de Florencia, y la de Buonarroti: *Michel piú che mortal angiol divino*, que la escribió para siempre en la capilla Sixtina, y en la cúpula de San Pedro, y en la *Pietà* y en el *Moisés*: los hombres de letras saludan con amor el genio de Dante, príncipe de la poesía épica, y el de Alfieri, príncipe de la tragedia en Italia, y el de Goldoni, restaurador de su teatro, y el de tantos otros poetas que honraron la patria con su nombre y llenaron la Europa con el eco de su musa. Para los españoles hay allí un busto, que atesora un mundo de glorias y de recuerdos: el de CRISTÓBAL COLON.

La última sala de la Protomoteca contiene el monumento de mármol blanco erigido á Canova, digno homenaje tributado al insigne artista en el lugar mismo por él preparado á los que le precedieron en el camino de la gloria.

En aquella cumbre, donde estuvo el templo de Júpiter Capitolino, el de las estatuas y los bajo-relieves y los ornatos de bronce dorado, el de techo resplandeciente como el oro:

Aurea qui statuit Capitoli culmina Caesar,

según escribe Ausonio, la piedad de los cristianos erigió pronto una iglesia al Dios verdadero, muy poco después de la paz Constantina; y cómo no, si á aquel templo pagano se refería y se refiere una de las tradiciones más interesantes de la época de Augusto? La antigua noticia de que un oráculo consultado por el primer Emperador le advirtió del nacimiento del Hijo de Dios, se enlaza con la piadosa creencia de que en el templo de Jove, en el lugar que hoy es capilla de Santa Elena, la Virgen María con Jesús en los brazos, desde el cielo, rodeada de luz, en el centro de un círculo de oro, se dejó ver de Augusto; y que éste erigió un altar con el título de *Ara primogeniti Dei*; Altar del Hijo de Dios. Santa María *in Campitolio*, que luego se llamó de *Araceli*, fundada sobre el famoso templo, que los romanos deslumbrados llamaban *Aurocelio*, y donde una interesantísima tradición señalaba el milagro de una *ara* en el cielo sostenida sobre nubes de oro, es, sin duda, uno de los santuarios más insignes y más devotos de Roma. Dividen sus tres naves veinte y dos columnas de mármol, procedentes del antiguo templo de Júpiter; una de ellas del palacio de los emperadores: *e cubiculo augustorum*: sobre el altar mayor venerase la imagen de María, que pertenece á las antiquísimas, que se reputan de San Lucas; en una capilla interior está la efigie del Santo Niño (el *Jesu Bambino*), objeto de la más tierna devoción por parte de todas las clases de la sociedad romana.

En la iglesia de Araceli está conmemorada la batalla de Lepanto en una inscripción latina, cuyo primer renglón ocupan los nombres de San Pío V y Felipe II. Multitud de sarcófagos y monumentos, de los cuales el más notable es el de Santa Elena, á la izquierda del altar mayor, contribuyen á dar á la iglesia de Araceli un aspecto severo de majestad, á que en vano hubieran aspirado los templos del gentilismo. El convento de franciscanos, á que está unida la iglesia, corona, puede decirse, las alturas del Capitolio. La pobreza del Evangelio sobre las ruinas de la opulencia pagana. Aquellos mendicantes son depositarios de dos inmensos tesoros: del templo, que rápidamente hemos descrito, y de una Biblioteca que con amor abren diariamente á servicio y utilidad de los estudiosos.

V.

Del antiguo *Intermontium* se subía á las prominencias, que respectivamente ocupaban el templo de Júpiter y la fortaleza ó Arce, por medio de escalinatas: la que ahora conduce á Santa María de Araceli, procedente del antiguo templo de Quirino, erigido por Numa, puede darnos una remota idea de la que antiguamente avanzaba hasta el pórtico famoso del Padre de los dioses. De la que por el lado meridional llegaba hasta la fortaleza y la roca Tarpeya, no existe el menor vestigio; las puertas primitivas, que hubo en el valle, á la terminación de las calles Capitolina y del Asilo, como la otra puerta Pandana de la altura, no son ya reconocidas más que en los escritos de la edad de oro. Las fuertes murallas flanqueadas de torres, que constituían la renombrada fortaleza, apenas si han dejado algún resto confuso en las cercanías del palacio Cafarelli. De los templos de la Fortuna *Primigenia* y de la Fortuna *Obsequens*, allí erigidos en tiempo del rey Servio Tulio, nada absolutamente se conserva, ni del templo de Júpiter *Prædator*. De la roca misma Tarpeya, tan famosa en la historia, tan afortunada como metáfora perpétuamente nueva entre retóricos, con dificultad encuentra ya el viajero la precisa correspondencia topográfica: el terreno ha sufrido en aquella región de Roma notabilísimas alteraciones: las construcciones, que han ido creciendo y renovándose debajo y á los lados de la extremidad meridional del Capitolio, de tal manera la han desfigurado, que en vano espera el curioso y amante de las antigüedades asomarse al precipicio descrito por Séneca y por tantos otros autores; en vano se propone medir con la vista el horrible camino de los reos políticos de la Roma antigua; hoy, en una humilde y casi desierta plazuela de un barrio, que llaman *Monte Caprino*, se ve una pequeña altura, que no infunde pavor, á causa de los edificios, que han quitado al lugar todo carácter

de despeñadero; pero que sin duda alguna corresponde á la primitiva roca, desde la cual tantas veces rodaron despedazadas la ambicion y la grandeza de los hombres. Junto al monumento sombrío de la crueldad, en los dias del paganismo, la Roma cristiana tiene un hospital bajo el nombre dulce de la Consolacion, destinado á curar fracturas, lesiones y toda suerte de heridas.

Al poner tan vecinos el suplicio y el triunfo; esto es, al fundar el Capitolio, el lugar de las apoteosis y de las coronaciones, tan cerca de la roca Tarpeya, no parece sino que los romanos, obedeciendo á una voz que no podian comprender, tradujeron en la mole gigantesca del templo y en la eleccion de la roca para suplicio aquella máxima de la eterna Sabiduría, que dice: *Extrema gaudii luctus occupat.*

DEL CAPITOLIO AL QUIRINAL.

I.

Así como en el espacio, que separa el Palatino del Capitolio, hemos recorrido las ruinas del Foro y meditado sobre el que fué centro de la vida política del pueblo romano, así en el camino, que emprendemos para llegar al monte Quirinal, tercero de nuestro estudio, nos es preciso tambien hacer una ligera pausa; que la merecen los restos imponentes que la vista descubre y el espíritu saluda.

Cuatro Foros magníficos ostentaba ya la ciudad de las siete colinas al comenzar el siglo II de la Era Cristiana: el Romano, el de César, el de Augusto y el de Nerva: el crecimiento de la poblacion, que contaba seis millones de habitantes, y el ejemplo de la magnificencia en las construcciones, trasmitido y esforzado de uno en otro emperador, movieron, sin duda, á Trajano á emprender una de las obras más colosales de aquel tiempo: su Foro representa la desaparicion de una colina, que se alzaba entre el Capitolio y el Quirinal: la medida del desnivel antiguo y de la explanacion nueva ha quedado en la columna, á la vez triunfal y sepulcral, que todavía subsiste: cien piés de altura; cien piés fué rebajado el terreno, para que convertida en valle la cumbre, sobre él se extendiera el más suntuoso é importante Foro de la ciudad.

Las ruinas que hoy se ven, el suelo y los muros y los már-